

EL ORIGEN DEL DINERO Y EL NACIMIENTO DE LOS BANCOS



MANUEL REBOLLO LÓPEZ

EL VALOR DE LAS COSAS Y EL ORIGEN DEL DINERO

En los albores de la humanidad, en tiempos que correspondían todavía a la prehistoria, hace aproximadamente unos 10.000 años que los habitantes de la Media Luna Fértil¹ comenzaron a sembrar cereales en las fecundas tierras que bordean los ríos: Nilo, Jordán, Orontes, Tigris y Éufrates. Estos antiguos pobladores de la tierra, hasta entonces cazadores-recolectores trashumantes, se fueron asentando gradualmente en aquellos lugares y se convirtieron en labradores sedentarios que cultivaban la tierra² y domesticaban a los animales³ para procurar su sustento viviendo en comunidad; fue en aquella etapa de la prehistoria cuando se produce la gran *revolución neolítica de la agricultura y la ganadería*⁴. Este cambio en su *modus vivendi* les introdujo en el umbral de la economía y el comercio, pues, pronto comprobaron que la cosecha superaba sus necesidades y pensaron que podían intercambiar sus excedentes con sus vecinos por otros bienes de consumo de los cuales carecían.

Esta permuta o trueque, practicada desde tiempos tan remotos, fue una solución para satisfacer sus necesidades alimenticias y para poder pagar los servicios prestados por los artesanos establecidos en las aldeas primitivas. Desde entonces, el ser humano tomó conciencia del significado más elemental de la propiedad privada.

¹ Egipto, Palestina, Siria, Asiria, Mesopotamia y Elam.

² Trigo, cebada, lino, garbanzo, guisante y lenteja.

³ Vacas, cabras, ovejas, cerdos y caballos.

⁴ James Henry Breasted: Véase *La conquista de la civilización*

Con el tiempo, este intercambio de productos entre los vecinos, donde un individuo entregaba lo que le sobraba a cambio del producto que necesitaba, dio origen a una actividad más compleja que pronto tuvo dificultades en su desarrollo. Surgen las particularidades de cada individuo y, cuando la diferencia en el valor de los productos que se intercambiaban se topaba con una diferencia en la compensación: trigo por pieles, armas por cabras, lana por pescado, pan por calzado..., comprendieron que al trueque le faltaba equidad y que el justo valor del producto a intercambiar resultaba difícil de cuantificar al tratar de compararlos. La permuta se acogía en la mayoría de los casos al valor de necesidad.

Tampoco resultaba fácil encontrar una persona dispuesta a intercambiar el producto necesitado el mismo día del pacto, pues no lo tenía disponible. En cuanto al transporte de las mercancías también creaba problemas y el trueque no podía formalizarse cuando se tenía que trasladar a otra población.



Media Luna Fértil

Las antiguas civilizaciones que recurrieron al trueque para intercambiar sus productos y cubrir sus necesidades, estaban iniciando una revolución que modificaría el comportamiento humano. Aparecen, desde entonces, los almacenistas, mayoristas e intermediarios. Los comerciantes se trasladaban de una ciudad a otra para comprar y vender mercancías, arriesgando sus beneficios cuando eran atacados por los asaltantes de caminos.

Fue entonces cuando se buscaron unos productos que sirvieran de medida para justipreciar el intercambio y trataron la sal, el trigo, el aceite o la pimienta como patrón de cambio. En Mesopotamia oriental, hace unos 3000 años a.C., los babilonios y asirios comenzaron a utilizar la plata y el oro, metales más escasos que el bronce y el hierro, de difícil falsificación por comerciantes desaprensivos.

Los metales preciosos elegidos como unidad de cuenta se fabricaron con hechura diferente: lingotes, placas, aros, cuchillos..., hasta que se convino utilizar discos metálicos de diferente tamaño y valor. Les resultaba más práctico utilizar estos discos de metal por los caminos poco transitables que comunicaban las ciudades-estados de Babilonia, Mesopotamia y Egipto.

La moneda

Las primeras monedas⁵ fueron emitidas en Lidia, un antiguo estado situado a las orillas del Mediterráneo (Asia Menor), territorio de la actual Turquía. Entre el año 680 y 560 a.C. los lidios acuñaron unos discos, en los cuales, a una aleación de oro y plata, con un peso de 4,75 gramos, se le grababa como símbolo la cabeza de un león. A estas monedas se le dio un valor de un tercio de estátera⁶.

⁵ Moneda: metal acuñado en forma de disco con los distintivos elegidos por la entidad emisora que se emplea como medida de cambio.

⁶ Estátera o estatero: del griego “peso” fue una moneda de electro, plata u oro, utilizada en la antigua Grecia. Su origen se remonta a Macedonia, traída por los mercenarios celtas a Europa.

Pasado un tiempo se fue extendiendo su uso y los persas, asirios, griegos y romanos, acuñaron nuevas monedas con sus emblemas exclusivos; reyes y ciudades grabaron en ellas su sello identificativo.

Había sido necesario obtener una estimación común más específica que el trueque. La moneda resolvió el problema de encontrar una unidad de cuenta, sin embargo, sólo servía para una jurisdicción o comunidad, y surgió el concepto de divisa que fue aceptada como valor de cambio entre las distintas monedas: el oro y la plata pudieron servir como patrón inicial.



Moneda de Lidia. 1/3 de estátera. 4,71 gm. S.VI a.C.

Reflexionando sobre su importancia, vemos que las monedas cumplen desde la antigüedad la misión de valorar las cosas y tasarlas por un importe definido, pues su

divisibilidad permite fraccionar este valor de forma precisa. Unidades y decimales se registran en los libros de cuentas para reflejar el precio exacto de una mercancía y por ese importe se pagará. En la antigua Roma, la “moneta” se acuñó en la “Ceca”⁷ o Casa de la Moneda⁸, con un método de fabricación que evolucionó muy poco durante siglos.

En los primeros tiempos fueron confeccionadas manipulando un troquel donde se colocaba el metal y al darle un golpe de martillo se grababa el sello o la marca del rey o reino que la emitía. El resultado de esta primitiva moneda fue un disco irregular con la misma imagen por las dos caras y con resultados variables. Posteriormente, los monarcas, aristócratas y ciudades, grababan sus monedas con un sello y una leyenda. Se las conocía como *incus* cuando, por error, tenían algún defecto de impresión, cuestión bastante frecuente.

⁷ Ceca proviene del árabe *sikkah* que tiene como significado troquel.

⁸ Anexa al templo de *Juno Moneta*, diosa de la Memoria.

Japón y China se valían de unos moldes donde vertían el metal fundido y obtenían unas piezas más regulares, sin embargo, los griegos, los romanos y los reinos que les sucedieron en el medievo hasta el siglo XV, continuaron utilizando el troquel y el martillo, sin introducir mayores cambios hasta el Renacimiento.

En 1500 Leonardo da Vinci diseñó una prensa por encargo del Vaticano para esculpir sus monedas y medallas. Cincuenta años después, el orfebre de Augsburgo, Max Schwab, creó una prensa volante que, modificada por los franceses Nicholas e Isaac Briot, fue implantada con éxito en Inglaterra y Francia. Por la misma época, la Casa de Moneda de Hall, en el Tirol, utilizó un molino hidráulico de laminación que aplanaba el metal; este avance resultó muy eficaz para la acuñación en serie.

Pero sería en 1886 cuando Jean Castaing diseñó una máquina que permitía grabar en los cantos de la moneda un cordoncillo; innovación fundamental para evitar las mermas que los maleantes utilizaban para sustraer el metal: lijándolas, sumergiéndolas en ácido y cortándolas para apoderarse de una parte del metal precioso. Fue el precedente a lo que hacen actualmente las Casas de la Moneda resaltando un reborde o filete rodeando la circunferencia.

El valor intrínseco de las monedas debía entenderse similar al valor del metal que contienen y al precio de las cosas que se podían adquirir con ellas. Esta fue la idea para la que fue creada, sin embargo, la quiebra del reino o la ciudad emisora convirtió a la mayoría de las monedas en fiduciarias. Como ejemplo de formalidad de una moneda emitida señalamos la dracma ateniense que tenía unos 65 gramos de plata de ley cuando fue acuñada en el siglo VI a.C., y, mucho más cercano en el tiempo, el peso de plata español: cualificado internacionalmente, y tomado como patrón de referencia por su valía intrínseca.

Sin embargo, ocurría con frecuencia que, cuando las arcas del Estado estaban necesitadas de oro y plata, las monedas se limaban y se recortaban para obtener los metales, rebajando su peso y parte de su

valor taxativo. Las monedas de cobre y bronce emitidas, se consideraban de valor fiduciario.

Cuando la moneda metálica se sustituyó por el papel moneda como dinero fiduciario se suscitó la necesidad de que los banqueros tuviesen sucursales en diferentes ciudades para poder hacerlos efectivos. Su valor tenía mucho que ver con la seriedad del emisor y su valor era estrictamente fiduciario. Otras figuras derivadas fueron apareciendo a medida que se originaban compromisos de pago y los endosos resolvían el traspaso de capitales.

DEL MEDIEVO A LOS BANQUEROS RENACENTISTAS

Para entender la prehistoria de la banca en Canarias y los servicios financieros que fueron demandando los habitantes isleños después de la conquista, hemos pensado que sería bueno compartir unos breves conocimientos sobre lo que ocurría en Europa cuando los castellanos tomaron el Archipiélago por derecho de conquista. Hasta aquel momento ya había transcurrido un período bastante largo que lo vamos a resumir haciendo alusión a los aspectos fundamentales de su historia.

Nada que ver la simplicidad de la economía canaria primitiva con el progreso mercantil que se estaba forjando en Europa, cuando circulaban en sus mercados, además de la moneda de valor intrínseco, el papel moneda, el pagaré y la letra de cambio, documentos de valor fiduciario utilizados como documentos de pago y siendo transferidos por las instituciones bancarias, garantes de sus clientes, que anotaban sus operaciones desde 1482 con el método contable de la partida doble, inventado por el genovés *Fray Luca Pacioli*.

Venecia, Florencia, Génova y Roma, fueron cuna de los banqueros del Mediterráneo y, en torno a Lübeck, se había desarrollado desde el siglo XII el emporio mercantil de la Liga Hanseática. Las ciudades del Báltico y centro Europa desplegaron junto a sus ríos una actividad comercial extraordinaria que requería la presencia de mercaderes banqueros para gestionar sus transacciones financieras.

Cambistas

Los personajes que desempeñaban este oficio cubrieron una de las necesidades más perentorias en el desarrollo de los pueblos del medievo que habían sido invadidos por una gran variedad de divisas de distinto peso y valor, que concurrían en las ferias desde diferentes capitales de Europa. Cada ciudad aportaba su propia moneda y cada moneda tenía un valor específico que el cambista cotejaba, considerando su peso y el metal que la resguardaba, tras hacer sus cálculos después de utilizar la balanza.



Nummimarii. Tasador de monedas

Fueron los cambistas los que se encargaron de manejar las básculas y pesas, tratando de equilibrar las diferentes monedas dependiendo de su origen. Se situaban en las ferias anuales de las grandes ciudades⁹ ofreciendo sus servicios en un puesto del mercado y cobrando una comisión de cambio. Estas transacciones las realizaban sobre una tabla o banco¹⁰ y de ahí el origen de la banca, pues, desde entonces, aquellos cambistas recibían depósitos de sus clientes y, a su vez, hacían préstamos a otros clientes.

⁹ En España: Medina del Campo, Calatayud. Barbastro, Zaragoza, Tarazona, etc.

¹⁰ Bancarrota: cuando el cambista se arruinaba rompía el banco y se marchaba.

Los pintores del Renacimiento retrataron a los cambistas como paradigma de la codicia y la riqueza de aquellos tiempos, precursores de los banqueros de la Baja Edad Media. Sería el comienzo de un período dorado para estos y otros personajes que se convierten en banqueros y operan con cifras sorprendentes, cuando prestan dinero a la nobleza y a los reyes.

Los cambistas instituyeron su gremio y se establecieron en la misma calle, plaza o barrio de las grandes ciudades de Florencia, Venecia, París, Génova, Roma y Medina del Campo. Los grandes banqueros del Renacimiento se habían iniciado en este próspero negocio ejerciendo como cambistas. Es lógico pensar que los Medici, Fugger, Wesler, Adlery, Hochstätter y, en Medina del Campo, Simón Ruiz, habían utilizado al principio de su negocio aquellas tablas o bancos que en muchas ocasiones habían sido rotas después de haberse provocado la temida bancarrota.

Orfebres.

También en la Edad Media se incrementó de manera considerable el prestigio de los orfebres¹¹, quienes, por razón inherente a su oficio, dedicado al trabajo de los metales, estaban acostumbrados a tener en sus talleres cantidades importantes de oro y plata.

Los orfebres habían soportado con frecuencia el robo de bandas organizadas de expertos ladrones, sabedores estos que en sus almacenes guardaban fortunas en metales preciosos; así fue como, este temor al continuado robo les indujo a crear medidas de seguridad en sus almacenes para proteger sus depósitos.

Con estos antecedentes, una vez incrementadas las medidas de seguridad, los orfebres no sólo depositaban los metales de su propiedad que trabajaban en el taller, sino que comenzaron a guardar en sus

¹¹ Orfebre: persona que labra objetos artísticos de oro, plata y otros metales preciosos, o aleaciones de ellos.

almacenes, a modo de caja de seguridad, los lingotes de metales preciosos y las monedas de oro y plata de los comerciantes y la gente acaudalada de su ciudad. Sin pretenderlo, estos artesanos se convirtieron en banqueros. El orfebre fue depositario de la riqueza de los ricos, quienes la confiaban a su cuidado y que, por esta prestación, pagaban una comisión de depósito.



Los orfebres

En una primera etapa, el depositante se limitaba a devolver al depositario la cantidad que necesitaba para realizar sus pagos y se van instaurando los cauces que preceden al banco de reserva fraccionado.

Transcurrido un cierto tiempo, el orfebre se encontró con unos depósitos extraordinarios en sus almacenes que permanecían

inmóviles hasta que era requerido su reembolso. Comprobó, además, que el dinero nunca era reintegrado simultáneamente por todos sus depositantes.

Para evitar el traslado de monedas en efectivo y el miedo a los atracos por el bandolerismo de la época, el orfebre comenzó a emitir certificados por unos importes que tenían como respaldo el depósito nombrado. Nació de esta manera el dinero fiduciario. El orfebre se convirtió en emisor y se acoge a la garantía de su firma para poder convertir el billete en efectivo cuando lo solicitara el beneficiario.

Esta singular manera de funcionar de los orfebres fue derivando a otros menesteres, más prácticos y beneficiosos para un futuro. Los depósitos crecían y se amontonaban en sus almacenes, a modo de antiguas cajas fuertes de grandes dimensiones. En este contexto, establecieron un coeficiente de disponibilidad para prestar dinero a clientes que ofrecieran

garantías suficientes de devolverlo en un determinado plazo. Nacía la actividad bancaria que ampliaría sus servicios hasta lo que hoy podemos disfrutar cuando nos hacemos clientes de un banco.

Las entidades bancarias aparecen en el siglo XIII partiendo de los antecedentes que hemos relatado.

Los Templarios

La historia de los templarios es, sin duda, el más apasionante periodo que se estudia en la Alta Edad Media y uno de los más atractivos de la historia del mundo. Dentro del misterio que envuelve a estos monjes guerreros, en una primera perspectiva hemos de pensar que su naturaleza se define en origen con una finalidad religiosa, fundados para liderar las Cruzadas y recuperar los Santos Lugares de Jerusalén de la dominación de los infieles.

Pero lo que descubrimos, tras analizar la naturaleza esotérica de su organización, es que dentro de su estructura no existe sólo un organigrama bélico-religioso, formado por caballeros que asumen una disciplina muy estricta, sujetos a reglas de pobreza, obediencia y castidad, y sumisos desde que eran nombrados caballeros por el Maestre a la búsqueda de la perfección que atrajo sobre ellos la envidia de reyes, órdenes religiosas y del papado.

Desde su fundación, a comienzos del siglo XII en Jerusalén, con la leyenda "*Sigillum Militum Xpisti*"¹², los caballeros templarios adoptaron un hábito blanco al que le añaden una cruz roja.

¹² Sello de los soldados de Cristo



Pedro el Ermitaño fue el promotor de la primera Cruzada en la que intervienen franceses y flamencos bajo el mando de Godofredo de Bouillon y su hermano Balduino quienes lograron conquistar Jerusalén en julio de 1099. En 1119, la Orden de los Pobres Compañeros de Cristo, ocupa por orden del rey Balduino I la mezquita que se había construido sobre las ruinas del Templo de Salomón y se le empezó a denominar la Orden del Temple.

Los Templarios serían desde entonces los encargados de proteger

la seguridad de la multitud de peregrinos que se aventuraron a trasladarse a Jerusalén pasando mil vicisitudes y enfrentándose a gran cantidad de maleantes y ladrones que les desvalijaban durante su peregrinación. El Temple guardaba su dinero y les proveían de efectivo en las plazas donde lo necesitaban para su manutención.

Si reflexionamos sobre su origen y progreso, comprobamos que la banca surge para evitar los riesgos del traslado de dinero durante el viaje y estancia en las ciudades de paso, creando sucursales y ejerciendo de cambistas para facilitar los pagos en los lugares que recorrían. No sólo administraban los depósitos de oro y plata de sus clientes, sino también se ocupaban de las especies llegadas a Constantinopla y trasladadas en embarcaciones a las ciudades italianas de Venecia, Génova, Florencia y Roma.

Los templarios habían establecido un importante tejido económico, durante los siglos XI y XII, creando sucursales y corresponsalías donde su presencia gozaba de prestigio. A su legado pertenece la circulación de los pagarés, las letras de cambio, el transporte de dinero, la financiación

de la construcción de catedrales y, sobre todo, la idea de facilitar un entramado comercial en torno a los artesanos. Los Templarios se habían adelantado a la estructura mercantil surgida al final de la Edad Media y principio del Renacimiento. La banca ya prestaba entonces una serie de servicios que favorecía al comercio.

Los viajes de Marco Polo y las rutas comerciales abiertas hacia lejano oriente en busca de seda, especias y tintes, enriquecerían desde el siglo XIII a los comerciantes banqueros de la época y marcarían el camino a seguir por los grandes banqueros, mecenas del Renacimiento.

La actividad mercantil de los Templarios era conocida, como también lo eran los celos que despertaba su fortuna. Felipe IV de Francia (Felipe el Hermoso) en connivencia con el papa Clemente V, acabaron en París en marzo de 1314, cuando fueron quemados en la hoguera el gran maestre Jacques de Molay y 35 miembros más de la Orden del Temple. Geoffroy de París escribía en 1316: “Se puede engañar a la Iglesia, pero no se puede engañar a Dios. No digo más. Sacad vuestras conclusiones”.

Mercaderes y Ferias

Pasado el largo período de las Cruzadas, cuando Saladino sale victorioso de la última guerra contra los cristianos y se apodera de Jerusalén, los tiempos pendencieros se apaciguan y, desde el siglo XI al XIII, vuelven a prosperar las ciudades y se reactivan las rutas comerciales. En Europa se manifiestan dos polos de desarrollo comercial, el italiano y el hanseático y entre estos dos dominios una zona industrial que conecta el sudeste de Inglaterra, Flandes, Normandía y las regiones del Mosa y del bajo Rin, productores de paño.

Por las ciudades de estas tierras pululan los mercaderes errantes, con carretas, mulos y caballos. En el siglo XIII los puntos de encuentro más importantes para el mercader se encontraban en las ferias de Champaña¹³. Las ciudades ferias gozaban de importantes privilegios y sus habitantes disfrutaban de singular prosperidad por los beneficios que acarreaban los tiempos de feria: alojamiento y alimentación de los visitantes, así como todos los servicios y exenciones fiscales de los que se beneficiaban sus negociantes. Durante el largo período que transcurre durante los siglos XI a XIII se produce la gran revolución comercial.



Feria en Medina del Campo

Las ciudades que más crecen son aquellas donde se desarrolla una actividad comercial más boyante. Ciudades de paso, nudo de comunicaciones, puertos de mar o de río; los nexos de unión entre la industria y el mercado verían la prosperidad recompensada con el crecimiento de sus habitantes. La cuestión económica era el motor de su desarrollo y junto a la bonanza, la cultura y la construcción de catedrales como signos de magnificencia.

En Europa, los mercaderes preferían las vías fluviales para el transporte y traslado de sus mercancías. Los grandes ríos, sus afluentes y los

¹³ Véase LE GOLF, Jacques. *Mercaderes y Banqueros de la Edad Media*.

canales que fueron construyéndose tejerían un entramado de cauces navegables en el norte de Italia el Po y el Ródano; El Mosa y el Mosela; el Rin y el Danubio para Alemania de norte y sur; la red de canales en Flandes e Inglaterra. Todas estas vías se convierten en un tejido que conectaban el mar con el corazón de Europa.

Los mercaderes se especializaron en mover el dinero de un lugar a otro y, para agilizar este movimiento, aparecen los banqueros, sus sucursales y corresponsales. Los bancos guardan los depósitos de sus clientes, negocian las letras de cambio y conceden préstamos.

Los mercaderes que acudían a las ferias medievales fueron los verdaderos pioneros de la intermediación. Cuando actuaron como comerciantes banqueros independientes, se vieron saqueados con frecuencia por los bandidos que merodeaban los caminos que llevaban a las ciudades y entendieron necesario la creación de unos medios de pago que sustituyeran el oro y la plata.

En los siglos XIV y XV los mercaderes se fueron asentando en ciudades emancipadas para evitar los peligros que acechaban a las naciones que participaron en la guerra de los Cien Años. Se establecen casas bancarias y se abren sucursales en otras capitales para que sus clientes puedan disponer del efectivo sin tener que llevarlo consigo durante sus traslados. Pagarés, Letras de Cambio y papel moneda se introducen con normalidad en el mercado financiero de las grandes urbes, aunque el endoso y el descuento no fueron conocidos por los comerciantes hasta siglos después.

La usura

Resulta difícil de explicar el sentimiento de culpa que el hombre medieval pudo sentir al dedicarse a un oficio que era condenado por la Iglesia católica cuando interpretaba que en los libros sagrados el lucro y el interés estaban penados por la ley divina.

Esa apetencia por el lucro desmesurado encarnado por mercaderes y banqueros era anatema paradigmático de la Iglesia que censuraba la usura como uno de los pecados capitales más graves, al equipararla a la avaricia y la codicia.

No exijas a tus hermanos interés alguno, ni por dinero, ni por víveres, ni por nada de lo que con usura suele prestarse.

Levítico, XXV, 3 5-7

El usurero no puede ser huésped de Yahvé.

Salmo XV

Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué gracia habéis de tener? Pues aún los pecadores prestan a los pecadores para volver a recibir otro tanto.

Lucas VI, 34-35

Usura es recibir más de lo que se ha dado.

San Ambrosio

Dar en usura es en sí mismo un pecado.

Guillermo de Auxerre

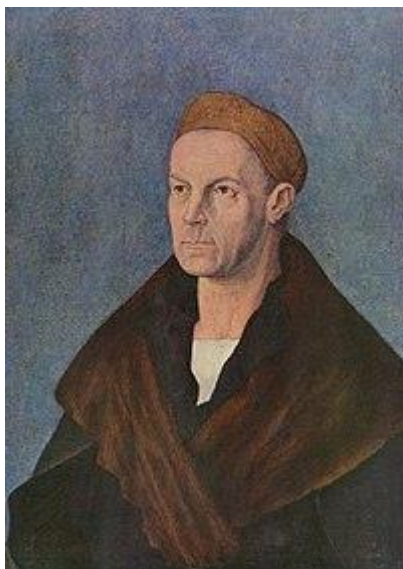
Los predicadores esgrimían estos argumentos cuando aseveraban que la usura se debía castigar duramente. Sin embargo, los mercaderes fueron protegidos por la Iglesia desde el siglo XI por el Papa Gregorio VII ante la codicia del rey Felipe I de Francia que apoyándose en la doctrina eclesiástica confiscaba indiscriminadamente las mercancías a los mercaderes. En 1179 el Concilio de Letrán regula la tregua de Dios para varias profesiones en las que también incluye a los mercaderes y que son considerados buenos cristianos. Con estos edictos justificó excepciones como la venta a crédito realizadas por los mercaderes, pues consideraba los intereses cobrados una indemnización. Todo este proceso finaliza en

el siglo XV cuando los poetas hablan del comercio internacional como una bendición de la Providencia¹⁴.



Grabado sobre la usura

Pero, el banquero no estaba incluido en las excepciones que aplicaba la Iglesia por el negocio con usura y resultaba muy difícil que un banquero católico prosperase impunemente. La cuestión era que, mientras progresara la economía, la obtención de préstamos resultaba imprescindible para las empresas. Para ello, los banqueros católicos se valdrían de mil subterfugios para conceder operaciones crediticias o, para actuar como intermediarios. En muchos de los casos, serían los judíos los que se beneficiaron de estas barreras.



Jakob Fugger (Alberto Durero)

Santo Tomás elaboró una casuística que justificaba el interés como compensación a las pérdidas del prestamista. De aquí la ambigüedad que surgió en un momento en que despertaba el capitalismo y que era necesario que se concedieran créditos para que la economía prosperase. Con la Reforma protestante y, en especial, con el calvinismo, las ideas escolásticas dejaron de ser valoradas y la economía de los nuevos creyentes y se olvidó la usura para centrarse en las condiciones acordadas en el contrato. Sin

¹⁴ LE GOF, Jacques. Mercaderes y banqueros en la Edad Media

embargo, en la Europa católica continuó el control de la Iglesia y las operaciones crediticias que se contrataban debían de estar atentas a la censura.

Este privilegio que fue concedido a los judíos para poder practicar la banca y obtener beneficios por los préstamos fue duramente contestada por los teólogos católicos como Tomás de Chobham que dice: “El usurero comete un robo o una usura o una rapiña, pues recibe un bien ajeno contra la voluntad del *propietario*, es decir, Dios”.¹⁵

Tras estas consideraciones, en el contexto histórico de la Edad Media, no es difícil de entender el antisemitismo que se generó después en muchos lugares de la Tierra.

Los banqueros judíos

La Diáspora tuvo mucho que ver con la condición innata del pueblo judío para desarrollar habilidades comerciales sorprendentes, manifestadas durante siglos de supervivencia por el ingenio de su raza. Un pueblo nómada que se considera elegido de Dios, lucha por permanecer al margen de las normas de los pueblos donde van llegando.

Desde el siglo I a.C. existía una colonia judía en Alejandría: puerto y cruce de caminos estratégico para el comercio intercontinental. Allí subsistieron durante muchos años hasta que en el siglo VII, las condiciones fueron favorables para su expansión de manera estable por toda Europa. A partir de entonces, se valdrán de su discrepancia religiosa, ajena a las normas cristianas, para controlar inmensos capitales y solventar los problemas económicos de nobles y reyes durante la Alta y Baja Edad Media, y continúa, como veremos, durante la Edad Moderna.

Relacionados con dicho período, se acredita la existencia de financieros judíos acreedores de los reyes europeos: Enrique II de Inglaterra fue

¹⁵ LE GOFF, Jacques. *La Bolsa y la vida*.

financiado por el judío Aarón de Lincoln; Jaime I de Aragón recibió préstamos del judío Vidal Benveniste de Porta; Vivelin de Estrasburgo financió a Eduardo III para sus campañas en la Guerra de los 100 años; Pedro I de Castilla tenía como tesorero al judío Samuel ha-Leví Abulafia; Samuel Abravanel fue almojarife mayor de Castilla con Fernando IV y, posteriormente de Juan I, ya como judío converso con el nombre de Juan Sánchez de Sevilla. Luis de Hungría recibió préstamos de Lewko ben Yarden que tenía su sede en Cracovia.

En España, familias judías hispanas intervinieron en la financiación de campañas bélicas y en los descubrimientos desde los Reyes Católicos. Es el caso de Luis de Santángel Villamarchante (Valencia), funcionario de Fernando el Católico y mecenas de Cristóbal Colón en el descubrimiento de América. Prestó dinero a la Corona y para su reintegro se aseguraba las rentas e impuestos del Estado.

Abram Senior (Segovia), almojarife mayor de Castilla, prestamista y Recaudador Mayor del reino, fue el financiero de confianza de la reina Isabel. Además, fue Factor-general en la Guerra de Granada.

Alfonso de la Caballería fue el más destacado miembro de una familia judeo-cristiana aragonesa. Apellidos judíos operan durante los siglos XV y XVI gestionando la financiación de reyes y nobles europeos, como fueron: Efrayim Fiszal en Polonia, Francisco Méndez y Gracia Nasi en Portugal. Abraham Salomon Camondo y sus descendientes no quisieron hacerse cristianos y huyeron de España, estableciéndose en Venecia y París.

Podríamos añadir muchos judíos banqueros, poseedores de grandes fortunas, sin embargo, consideramos importante destacar en nuestro trabajo a dos comerciantes-banqueros judíos que, dejaron huella por su ingente actividad mercantil y filantrópica.

Simón Ruiz Embito (1525-1597) fue un comerciante de Medina del Campo que comenzó su actividad con la venta de tejidos traídos desde Nantes y que se trasladó a Valladolid en 1574 para ejercer como banquero del rey Felipe II desde 1576 a 1588. Centralizó su negocio en varios puntos de la Península para sus transacciones con el exterior: en Sevilla con América;



Retrato de Simón Ruiz. Obra de la escuela de Juan Pantoja de la Cruz (Fundación Simón Ruiz, depositado en el Museo de las Ferias). Medina del Campo.

en Bilbao con Francia y Flandes, y en Alicante con Italia. Regidor en Medina del Campo en 1564, organizó Las Ferias y dedicó parte de su peculio a la beneficencia. Como legado dejó para Medina del Campo el Hospital General y un archivo interesantísimo en la Fundación Simón Ruiz.

También de Medina del Campo y, coetáneo del anterior, procedía Rodrigo de Dueñas Hormaza (+1558), uno de los banqueros más importantes de España en tiempos de Carlos V. Se vinculó a banqueros genoveses y alemanes en la financiación de las guerras emprendidas por el Emperador en Alemania y Flandes.

Consejero de Hacienda durante la regencia de Felipe II llegó a tener una de las fortunas mayores del país. Sus hijos se emparentaron con la Casa de Castilla y la nobleza. Como mecenas fundó el Monasterio de las recogidas, el Colegio de la Compañía de Jesús y otros proyectos caritativos.

El esclarecimiento que podemos ofrecer para hablar de este monopolio de servicios financieros que tenían los judíos, es muy simple: los banqueros judíos ejercieron un oficio que estaba prohibido a los cristianos, pues el cobro de intereses se consideraba por la Iglesia un pecado de usura y, ni el emperador Carlos V, ni el rey Felipe II tuvieron en mente crear un banco central para su imperio.

Cuando Felipe II volvió a España en 1559, se ocupó en organizar la hacienda del Estado, pero su afán de conservar sus territorios, a pesar del desastre económico que suponía proteger para el catolicismo Filipinas y Flandes, le llevó a estar continuamente endeudado. La necesidad de dinero le encaminaba siempre hacia banqueros judíos como Fugger, Welser y los Adlery. Para su pago arrendaba las rentas y los impuestos del Estado. Pero esto no era suficiente y los banqueros acreedores fueron pagados con el oro y la plata que llegaba de América; riquezas que no se quedaban en España, pues sólo servían para pagar las deudas contraídas con anterioridad.

Como ejemplo clásico que nos sirva de conclusión a una interminable lista de banqueros judíos, nos referimos a la saga de los Rothschild, comenzando por Mayer Amschel en la década de 1740 y finalizando con el barón Edmond Adolphe Rohtschild (1926-1997), fundador del LCF Rothschild Group (ahora Edmond Rothschild Group), con sede en Ginebra. Su grupo supera los 100.000 millones de euros en activos y se ha extendido por 15 países.



Casa Rothschild en Judengasse (Francfurt)



Foto: Edmond de Rothschild, uno de los artífices del Estado de Israel.



BIBLIOGRAFÍA

LE GOFF, Jacques (1996) *La Vieja Europa y el Mundo Moderno*. Alianza Editorial

LE GOLF, Jacques (2014) *Mercaderes y Banqueros de la Edad Media*. Alianza Editorial.

LOTTMAN, Herber (1996) *Los Rothschild historia de una dinastía*. Tusquets Editores. Barcelona

BREASTED, James Henry (1926) *La conquista de la civilización*. Espasa Calpe